



ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

Tatuados con la imagen de Jesús

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 17, 1-9 (2º Domingo de Cuaresma - Ciclo A – 12 de marzo de 2017)



La Cuaresma es un itinerario, un proceso, una pedagogía espiritual para ayudarnos a hacer el camino hacia la Pascua, hacia la libertad, hacia la plenitud de la vida. La primera etapa, a partir de la meditación de **las tentaciones** de Jesús en el desierto, nos alertaba sobre la complejidad del camino y cómo, cuando estamos tratando de ser más fieles al Evangelio y al Reino, surge con más fuerza la tentación de aferrarnos a ese hombre viejo que muchos llevamos dentro y a las estructuras caducas que hacen pesados nuestros pasos para ponernos en el camino de Jesús.

La segunda etapa, sugerida por la meditación de **la Transfiguración**, nos presenta el horizonte, el sentido y la finalidad que tiene este camino cuaresmal que, como lo hemos dicho, no está exento de sacrificios y de luchas interiores por la fiereza del hombre viejo que se resiste a dar paso a la novedad de una vida llena del espíritu de Jesús, llena del espíritu del Reino. **El final del camino de cuaresma es la pascua.** El camino “penitencial” y de “conversión” que iniciamos hace dos semanas no tendría sentido si su punto de llegada no fuese el vivir en plenitud el triunfo de la vida y gozar del sí definitivo de Dios a la humanidad en la experiencia de la resurrección. Es esta la experiencia que viven Pedro, Santiago y Juan. Los apóstoles saben, por los reiterados anuncios que Jesús hace de la pasión, que la construcción del Reino ha de pasar por la donación de la vida y por el dolor de morir para que otros puedan vivir. Jesús, que conoce la fragilidad de los discípulos, para evitar el desmoronamiento de la naciente comunidad cuando venga la adversidad les muestra el final del camino, el sentido que llena cada una de sus acciones y que “justifica” los momentos de dolor: es la vida en plenitud, esa que nada ni nadie nos puede arrebatarse porque surge del amor del Padre que resucita a su Hijo y, en él, a nosotros.

Además de la pedagogía espiritual de la experiencia de la Transfiguración, el texto me sugiere estas reflexiones:

Elías es el prototipo del profetismo de Israel, es el profeta por antonomasia, el que habla al pueblo en nombre de Dios para animar, exhortar, corregir, anunciar y denunciar. **Moisés**, por su parte, es el símbolo de la ley y del guía que conduce al pueblo de la

esclavitud a la libertad. Los dos, quizá, son los personajes más importantes del Antiguo Testamento y son ellos los que aparecen conversando con Jesús en el monte Tabor. Dice Pagola que “No tienen el rostro resplandeciente, sino apagado. No se ponen a enseñar a los discípulos, sino que ‘conversan con Jesús’. La ley y los profetas están orientados y subordinados a él”. Una clara revelación que en Jesús se da la plenitud de la ley, de la profecía y de la forma como Dios conduce a su pueblo. Moisés y Elías son superados y sus enseñanzas han de interpretarse desde Jesús, no al revés.

Pedro, que tal vez no ha entendido el sentido de la manifestación, lleno de entusiasmo sugiere hacer tres tiendas para permanecer en la escucha de los tres personajes, pero, sin terminar la frase, el Padre le interrumpe: “Este es mi Hijo, escuchadle”. Jesús no se puede equiparar a Moisés y Elías, escuchándole a él no hace falta recurrir a nadie más pues el Evangelio tiene una fuerza inconmensurable en sí mismo. Recuperar la centralidad y la frescura del Evangelio, como nos sugiere la manifestación del Tabor es, sin duda, el *leit motiv* de la enseñanza del Papa Francisco y de algunos teólogos conocidos como nuestro recordado José Enrique Ruiz de Galarreta, José Antonio Pagola, José Arregui y José Ignacio González Faus. ¿Estarán equivocados? Ciertamente, yo no lo creo, ese es el camino.

¿Cómo vivir la transfiguración? Ante todo, recuperar en nuestro quehacer de cada día, la centralidad de Jesús. No como una palabra que forma parte de nuestro discurso cristiano y eclesial sino como la razón, la luz y el aire que dota de sentido lo que somos y hacemos y que está grabada en nuestro corazón. Para recobrar esa centralidad es importante -como sugiere Darío Mollá, sj., en los comentarios del Evangelio Diario (Mensajero)- contemplar en silencio y por mucho tiempo ese rostro radiante de Jesús, exponernos a sus rayos de luz y, como lo hacemos en la playa, dejarnos tatuar su nombre y su vida en nuestro corazón.

Pidamos al Señor transfigurado que, cuando terminemos el camino cuaresmal y nos miremos al espejo el día de la Pascua, nuestros rostros resplandezcan y nuestros vestidos brillen porque hemos abierto un espacio grande en nuestro corazón para Jesús y, transformados por Él, nos parecemos a Él.